

CONSIDERACIONES PSICOANALÍTICAS SOBRE LA IDENTIDAD

Roberto Elgarte
U.N.S.

Introducción

La presente comunicación propone abordar de noción de identidad desde la perspectiva del psicoanálisis. Plantearé en principio algunas referencias freudianas; a continuación me ocuparé del enfoque de la identidad en el contexto de las vicisitudes adolescentes, para encarar luego la dimensión imaginaria de la identidad del yo. Por último interrogaré la pertinencia de esta noción en la teoría psicoanalítica.

Etimológicamente, el vocablo identidad proviene del latín "*identitas*", ídem, lo mismo, calidad de idéntico. Queda destacada la alusión a la igualdad y mismidad, deslizándose hacia características que señalan lo propio y único. En este sentido, encontramos el uso de la idea de identidad en distintos contextos. El documento de identidad de un individuo aparece como rasgo identificatorio incluyendo las marcas del nombre y apellido. En lo jurídico se intenta determinar la identidad de la persona, o sea, si existe o no igualdad entre el sujeto real y el sujeto jurídico. En medicina legal se trata de identificar a una persona diferenciándola de otras por rasgos físicos y corporales. Desde diversas disciplinas encontramos referencias a identidad personal, identidad nacional, identidad de género, identidad sexual, etc.

Intentaré a continuación realizar ciertas precisiones sobre esta multívoca noción en el contexto de la teoría psicoanalítica. Tempranamente, Freud vincula la identidad con la percepción y el pensar en el "Proyecto de psicología" (Freud, 1982 [1895]) a propósito de la experiencia de satisfacción.

En "La Interpretación de los sueños" (Freud, 1984 [1900]), se refiere a la identidad de percepción e identidad de pensamiento aludiendo al proceso primario y proceso secundario, como dos modos de operar el aparato psíquico en relación a los avatares de la satisfacción. El intento de reproducir la mítica experiencia de satisfacción conlleva una ilusión de encuentro entre lo buscado y lo encontrado: identidad de percepción que sólo podrá resultar en alucinación en tanto la satisfacción absoluta de la necesidad está irremediable perdida. Si por la

vía de la identidad de percepción no sobreviene la satisfacción; Freud nos dirá que habrá que hacer rodeos a través de la “compleja actividad del pensamiento”. El pensar entonces sortea el camino alucinatorio. Este movimiento de rodeo será el deseo.

Observamos que la noción de identidad alude a la idea de igualdad y a su vez a la de diferencia. En el intento de hallar la igualdad ilusoria de la identidad de percepción, nos topamos una y otra vez con la diferencia: de esto se trata el movimiento del deseo en psicoanálisis como fuerza motorizante de la vida, búsqueda incesante de lo irremediablemente perdido. Entonces, porque no hay identidad es que hay deseo.

En la obra de Freud el vocablo identidad aparece en diversas frases y contextos pero no como un concepto psicoanalítico recortado y teorizado. Resulta interesante subrayar que una de las obras en la que más lo utiliza es *Tótem y Tabú* (Freud, 1980 [1913]) aludiendo a la identidad del hombre con su tótem, con la divinidad, en el marco de del pensamiento mágico, de las ficciones fusionales.

La identidad en la adolescencia

Si bien en la literatura psicoanalítica las referencias a la identidad se van desplegando a propósito de la identidad sexual o de cuestiones psicopatológicas en los llamados trastornos de identidad, es principalmente en torno a la construcción del yo y al abordaje de los tiempos adolescentes donde el estudio de la noción de identidad va a cobrar mayor relevancia.

Erik Erikson a mediados del siglo XX en USA, es quien inaugura una serie de trabajos sobre la temática en cuestión. Más adelante nos encontramos con los aportes de Peter Blos también en USA y en los años 60 y 70 en Argentina un grupo de psicoanalistas se ocupan profundamente sobre el tema. Son tiempos en los que en el mundo se comienza a escribir profusamente sobre la adolescencia, correlativamente a los movimientos sociales en los que los adolescentes se hacen oír.

“Identidad, juventud y crisis” es el título de esta obra de Erikson que propongo comentar y que hace clara alusión a los tiempos adolescentes. Tiempos en los que ante la caída del soporte parental infantil, se impone la construcción de un nuevo espacio subjetivo singular en paralelo a un nuevo lugar en el mundo. Esta creación

a construirse recibe diversos nombres según los autores. Erikson la llama identidad y la caracteriza así:

...la formación de la identidad comienza donde termina la utilidad de la identificación. Surge del rechazo selectivo y de la asimilación mutua de las identificaciones infantiles y de su absorción en una nueva configuración que, a su vez, depende del proceso por el cual una sociedad (con frecuencia por medio de subsociedades) identifica al joven, reconociéndolo como alguien que tenía que convertirse en lo que es y a quien, por ser lo que es, lo reconoce. (Erikson, 1971 [1956]: 130).

La identificación es un mecanismo de incorporación del Otro, constitutivo del Sujeto a lo largo de la vida. La identidad para Erikson implica las identificaciones, pero se hace con ellas algo diferente y original: nos dice que se trata de una nueva configuración. También queda resaltada la vertiente social de la identidad, las sanciones del Otro social. Establece el logro de una identidad final como cierre de la adolescencia que se experimenta como un sentimiento de bienestar personal:

Sus concomitancias más obvias son un sentimiento de estar cómodo en nuestro propio cuerpo, un sentimiento de "saber adónde uno va" y una seguridad interior del reconocimiento anticipado de aquellos significativos para uno (Erikson, 1971: 135)

Erikson alude la identidad del yo, como un sentimiento de integración en el cuerpo y en el mundo. La representación del cuerpo se privilegia como uno de los referentes en los que asienta la identidad. La idea de una identidad final como un punto de cierre a arribar, ¿puede concebirse como una síntesis lograda de la madurez? La concepción de un sentimiento de identidad, en tanto sabemos que los sentimientos son concientes, nos lleva a pensar que se trata de una identidad conciente. Al respecto, "saber adónde uno va" y "seguridad interior" parecen expresiones ideales propias de las ficciones del yo.

En nuestro medio, es mérito de León y Rebeca Grinberg, el abordaje de la temática de la identidad en la adolescencia. Se interrogan sobre la naturaleza de lo que llamamos identidad, si es una estructura, un símbolo, un vínculo, etc. Refieren que es una noción que parece pertenecer por un lado al campo psicológico y al de la psicopatología y por el otro, al de la sociología y filosofía. Proponen encarar la identidad en su alcance más amplio, como "una expresión elástica y funcional más que como un término de significación absoluta" (Grinberg, 1961).

Grinberg toma como punto de partida las ideas de Erikson en cuanto a concebir la identidad en el horizonte del yo; se refiere al sentimiento de identidad

como lo que “nos permite experimentarnos a nosotros mismos como algo que posee continuidad y uniformidad y, por lo tanto, actuar consecuentemente”.

Los Grinberg (Grinberg, 1993 [1971]) consideran el sentimiento de identidad como resultante de un proceso de interrelación continua entre de tres vínculos de integración: espacial, temporal y social; vínculos que funcionan simultáneamente e interactuando entre sí. Su marco teórico, como el de la mayoría de los analistas argentinos de los años 70, está profundamente enmarcado en la ideas de Melanie Klein.

El vínculo de integración espacial promueve la diferenciación e individuación, permitiendo la comparación y contraste con los objetos. Se vincula al esquema corporal y la identidad sexual, resaltando la relevancia de la noción de cuerpo para la consolidación de la identidad del individuo.

El vínculo de integración temporal destaca la importancia de la continuidad de las representaciones del self en el tiempo otorgando la base del sentimiento de mismidad.

El vínculo de integración social alude a la connotación social de la identidad dada por la relación entre aspectos del self y de los objetos mediante los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva, destacando la importancia de la vida grupal.

Discutiendo la noción de identidad

Concebir la noción de identidad como equivalente a igualdad y mismidad resulta obviamente contradictorio ya que en el cotidiano vivir nos enfrentamos una y otra vez con cambios. Y en particular en tiempos adolescentes, tiempos en los que justamente se trata de la experiencia de multiplicidad de cambios y movimientos a partir del empuje puberal.

Mencioné que Freud no teorizó sobre la identidad pero sí sobre la identificación. En tal sentido: ¿La identidad será una noción necesaria para el psicoanálisis? ¿O acaso alcanza con la teoría de identificación? Para Freud y también para Lacan, la identificación es concebida como un mecanismo fundante en la constitución del yo y del Sujeto. Al respecto Lacan diferencia las identificaciones imaginarias formadoras del yo y las identificaciones simbólicas, al significante, productoras de Sujeto.

Erikson y Grinberg intentan dar cuenta de algo nuevo y singular que ha de construirse en los tiempos adolescentes y lo denominan identidad. A mi entender y retomando los planteos freudianos acerca de la identidad de percepción en tanto lo imposible del encuentro con lo igual, considero oportuno realizar algunas puntuaciones.

Calificar la identidad como un producto final logrado en la adolescencia implica una concepción finalista y escotomizada de los tiempos adolescentes. Otra mirada supone pensar la adolescencia como un momento privilegiado de producción subjetiva; tiempos en los que se irán inscribiendo marcas de apropiación subjetiva acerca de la responsabilidad ante los actos.

Las consideraciones de J. Lacan acerca del Sujeto del inconciente nos conducen a establecer una marcada diferencia entre yo y sujeto. El Sujeto no es una sustancia sino que se constituye por su alienación al significante, está sujetado al campo del Otro, a la batería de significantes que marca al humano, o sea, es un efecto del discurso, de las fisuras del yo. Entonces el Sujeto no tiene ser; está en el juego de combinaciones y sustituciones y es evanescente en tanto no es una construcción permanente y acabada; se renueva en relación a las aperturas y cierres del inconciente como pulsación, en esta sujeción al Otro (Lacan, 1960)

Esta concepción de Sujeto que nunca termina de construirse, colisiona con la idea de una identidad final y acabada en la adolescencia. Claro que los autores aclaran que se trata de la identidad del yo, de un sentimiento conciente. Nos encontramos entonces en los territorios del yo, imagen constituyente y necesaria en la vida pero a su vez instancia de desconocimiento y de inevitable alienación. El yo miente y nos miente. El yo está alojado en su refugio narcisista; es ignorante de la falta. Hay predominancia del registro imaginario. Expresiones tales como "yo soy yo", "yo soy esto o lo otro" o "yo soy así" se ubican del lado de una certeza imaginaria a distancia de toda aproximación a la verdad del Sujeto. Al respecto, recordemos la frase de Lacan: "Por qué el sujeto cuanto más se afirma como yo más se aliena?" (Lacan, 1992 [1953/54]: 86)

No obstante estas precisiones, no se trata de despreciar al yo pues desde el yo hablamos (como discurso en apariencia); claro que cuando hablamos por un lado no todo lo podemos decir y a su vez decimos de más. Allí donde el yo trastabilla puede producirse algún efecto Sujeto. El yo es un sistema de creencias que funciona como un sostén inevitable e indispensable; es vía de la presentificación del fantasma que vela lo real. Y considero que en los tiempos adolescentes es

fundamental la tarea de construcción de un abrochamiento fantasmático frente a la caída de los sostenes identificatorios infantiles. Entonces la identidad en tiempos adolescentes alude a la construcción de un andamiaje singular para circular por la vida, una localización del sí mismo que mitigue la angustia, sostén de ideales y proyectos de caminos a seguir.

Pero es importante señalar que el concepto de identidad – y aquí me estoy refiriendo no sólo a la identidad en la adolescencia - conlleva una pasión por la unidad y la integración y carece de esencia. Funciona como un precipitado alienante al estilo de una prisión rotulante y estigmatizante que a menudo produce síntomas e inhibiciones.

Los seres humanos solemos muchas veces portar diversos sellos o rótulos tales como: “soy fea”, “somos los mejores”, “soy poco inteligente” o “soy adicto”, “soy anoréxica”. Funcionan como carteles identitarios que creemos que nos definen. Conllevan cierta certeza consistente cerrando la posibilidad de interrogación subjetiva, dificultando cambios de posición en la vida.

La Psicología clásica concibe a la identidad como la persistencia de la unidad en relación al tiempo y a todo cambio. Equivale a una supuesta permanencia de nuestro ser, sintiéndonos en todo momento los mismos a través de la mudanza y de los fenómenos que pasan y se suceden. La identidad es considerada no sólo en el individuo sino en fenómenos grupales, en la especie.

La acepción psicológica de la palabra identidad implica por lo tanto la cualidad del ser consciente, que se percibe y siente como uno y permanente en medio de los cambios que se suceden en el tiempo: “soy el mismo que ayer era niño, luego adolescente y ahora adulto”. Ahora bien: ¿es esto posible? “...la identidad, ¿dice lo mismo acerca de lo mismo? Si quiero decir lo mismo acerca de lo mismo, ya no digo lo mismo” (Ritvo, 1994: 37). Sabemos que cuando queremos contar algo repetido siempre habrá deformaciones, agregados u omisiones que producen inevitables equívocos.

Desde el psicoanálisis pensamos que la autoimagen que construimos de nosotros mismos es meramente un señuelo que nos protege y vela nuestra “falta en ser”. Quedan cuestionadas las ideas de unicidad y mismidad. La unicidad en términos de integración y síntesis es una invención yoica que como tal permanentemente se fisura o cae. La mismidad también comparte este carácter de creencia imaginaria ya que si consideramos que el pasado está perdido, sobre él sólo podemos contar historias.

El psicoanálisis propone otro punto de mira:

La práctica analítica se funda en la tarea de negativizar toda identidad dada, buscando producir un sujeto que sólo será "lo que puede" luego de la caída o desmoronamiento de sus blasones identificatorios. Lo que precisamente resiste es esa angustia –tanto en el analista como en el analizado- a la que la ficción imitativa de la identidad pretendió evitar o atenuar. (Milmaniene, 2004: 88)

Para concluir y a modo de síntesis, me he referido a la identidad como construcciones del yo al modo de un sistema de creencias que funciona como sostén imaginario del "sí mismo". Anclajes inevitables en la vida ante los cuales es importante al menos estar advertidos de su carácter engañoso. Vale decir que la identidad tiene poco que ver con la verdad del Sujeto. El estar advertido de esta ficción puede permitir entonces cierta elasticidad habilitando el movimiento deseante franqueando cristalizaciones alienantes. Y esto no es sin angustia.

BIBLIOGRAFÍA

- ERIKSON, Erik, *Identidad, juventud y crisis*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1971 [1956]
- FREUD, Sigmund, *Proyecto de Psicología*, Buenos Aires, Amorrortu editores, t. I, 1982 [1895]
- FREUD, Sigmund, *La interpretación de los sueños*, Buenos Aires, Amorrortu editores, t. V, 1984 [1900]
- FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú*, Buenos Aires, Amorrortu editores, t.XIII, 1980 [1913]
- GRINBERG, León, "El individuo frente a su identidad" en *Revista de Psicoanálisis*, t. XVIII, n° 4, Buenos Aires, 1961
- GRINBERG, León y Rebeca, *Identidad y cambio*, Barcelona, Editorial Paidós, 1993 [1971]
- LACAN, Jaques, *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1992 [1953/54]
- LACAN, Jaques, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano", en *Escritos 2, Siglo XXI editores*, Buenos Aires, 1987 [1960]
- MILMANIENE, José, *La función paterna*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2004
- RITVO, Juan Bautista, *Repetición: azar y nominación*, Buenos Aires, Editores de La Perra, 1994